

LETRAS EN GUERRA

(Notas de urgencia y asedio a la literatura giennense de Carmen Conde y Antonio Oliver)

Por Manuel Urbano Pérez Ortega
Consejero del I.E.G.

*A Juan Castellanos, amigo,
quien me diera primera noticia.*

RESUMEN

Se da cuenta, junto a mínimas referencias a escritores españoles y europeos de primer orden, de la breve estancia giennense del matrimonio Carmen Conde Abellán –poeta, narradora, primera mujer en la Academia Española– y Antonio Oliver Balmás –profesor y poeta–, durante los infaustos días de la guerra civil, pero de gran interés para la historia de la literatura y no sólo en el ámbito provincial. A la vez, se ofrece noticia de su compromiso político en esa encrucijada histórica, y se recogen aquellas publicaciones suyas de carácter periodístico y propagandístico en la prensa giennense. Por último, se reproducen aquellos poemas de tema jaenés que los autores murcianos redactaran y dieron a la luz en sus libros. Pero, ante todo, se trata de un urgente y apretado ensayo en homenaje a estas dos figuras de la literatura española contemporánea, cuando se cumple el primer aniversario del fallecimiento de Carmen Conde.

ENTRE las sorpresas que nos depara el análisis del fenómeno cultural jaenés de este siglo que concluye, está la sobresaliente que pone de manifiesto el hecho de que ha merecido mayor atención y estudio la presencia de tres compañías de artistas flamencos en la ciudad de Jaén, durante los infaustos días de la guerra incivil, que la nómina de intelectuales, artistas y

escritores de primera fila que, en esas mismas fechas se dieron concertada cita en esos mismos pagos.

No es este el momento de ofrecer una relación de las estancias –siempre provisional y aproximativa–, ni, siquiera, el de dar a la luz la hemerografía tan abundosa como brillante que nos ha llegado, a pesar de las terribles mutilaciones de nuestra prensa de guerra. Quedémonos, por ahora, con subrayar una más de las tareas que tenemos pendientes.

Y en este mismo orden de advertencias preliminares, a la vez que confesamos las lagunas que no fuimos capaces de desecar en el presente trabajo, queremos dejar constancia de que su subtítulo pretende ser algo más que un arriesgado juego de palabras; el testimonio de presencia, el que reafirman sus páginas literarias, de Carmen Conde Abellán –Cartagena, Murcia, 1907; Madrid, 1996–, la cuidada poeta y eficaz narradora, primera mujer académica de La Real de la Lengua –electa en 9 de febrero de 1978, quien ocuparía el sillón letra K–, y de la que en estas fechas se cumple el primer aniversario de su fallecimiento, tras larga e implacable enfermedad, en un centro geriátrico de Majadahonda, el día ocho de enero de mil novecientos noventa y seis. Sirva este apresurado ensayo de reconocimiento a la escritora, así como a la figura inseparable de su marido, Antonio Oliver Balmás –Cartagena, Murcia, 1903; 1968–, autor por naciencia y estilo encuadrable dentro de la Generación del 27, no en vano su primer libro, *Mástil*, apareció en ese mismo año; como lo es Carmen Conde dentro de la conocida como Generación de la República.

Si nos atenemos a la fecha de sus colaboraciones en prensa periódica –las que analizaremos en su momento–, la estancia giennense del matrimonio comenzaría a mediados de septiembre de mil novecientos treinta y siete, para concluir, digámoslo con toda provisionalidad, en los últimos días de diciembre de ese mismo año. Primero se afincaron en la ciudad de Jaén y en la conocida como casería de Manolito Ruiz –Manuel Ruiz Córdoba (1)–, en la falda del cerro de Santa Catalina, a cuyos pies se extiende la capital andaluza; luego pasarían a Rus, pequeño pueblo de La Loma, en el que, como en la capital, Antonio desarrolló misiones de información, radio y telegrafía, según información oral que nos ha sido dada en medios fiables. A pe-

(1) Empresario y propietario agrícola, alcalde de la capital y, quizá, el máximo exponente del señorío de rumbo y castizo.

sar de ello, Carmen Conde en sus memorias, *Por el camino, viendo sus orillas*» (2), ya habla de una visita a Linares el día 15 de junio, así como de su estancia en Baza dentro de los primeros días del año siguiente de 1938. Por tanto y según nuestro cómputo, la estancia jaenera del matrimonio superó crecidamente el medio año.

Como nos será dado comprobar seguidamente, abundosos y sobradamente suficientes son los testimonios literarios jaeneses de Antonio Oliver, bien sean periodísticos o poéticos, a los que hemos tenido la fortuna de acceder; aunque, por desgracia, no podemos decir otro tanto de los de Carmen Conde, escuetamente reducidos a una amplia colaboración de prensa y a un breve poema en prosa. Mas antes de dar noticia pormenorizada de los anteriores textos, conviene advertir que su autora, con anterioridad a su residencia en Jaén, ya había publicado *Brocal* —«Cuadernos Literarios»; Edit. La Lectura; Madrid, 1929— y *Júbilos*, libro prologado por Gabriela Mistral —Edit. Sudeste; Murcia, 1934—, amén de numerosos artículos —labor que comenzaría a los quince años—, en *Los Lunes del Imparcial*, *La Esfera*, *Informaciones* y otros diarios nacionales.

De las letras frescas, luminosas y mediterráneas, Carmen Conde dejará una serena, aunque severa, crónica periodística en la que retrata con afecto a la ciudad. No pasaría la tragedia bélica sin estremecer el sentir poético de la que, luego, apostaría por un suprarrealismo moderado.

También y en honor a la verdad, tomará compromiso definido. Mientras acompaña a su marido en el frente de Granada, debió visitar la comarca de Mágina y la ciudad de Jaén. El paisaje le cogerá del corazón; no así el paisanaje, caso de un artículo que diera en *Nuestra Lucha* y que, poco después —Jaén, 20 de noviembre de 1936— reproduciría *La Mañana*, diario de la Agrupación Profesional de Periodistas al servicio del Frente Popular. Mas, por cuanto podamos decir, quede íntegro el texto:

«Por tierras de Jaén: olivos en fiesta de luz

En mitad de la asfixia en que la guerra nos obliga a vivir, de repente, esta sorpresa tibia, graciosa como una llegada a puerto muy olvidado, pero de amor: los cerros grabados de olivos, la interminable dulzura de los hom-

(2) Edit. Plaza y Janés; Barcelona, marzo de 1986, págs. 131 y ss. A la par, hacemos constar que el capítulo que le sigue —pág. 137— contiene un error, ya que tiene al pueblo granadino de Baza como giennense; de todos modos nos es de interés, puesto que aloja una pequeña antología poética de esos años de su marido, Antonio Oliver.

bros redondos, adolescentes, de estos montecillos con alegría de olivos simétricos, exactos, en plenitud de acomodo en el paisaje recién hallado y en nuestros ojos recobrados, aunque por breve tiempo. Muchos kilómetros de curvas abiertas a tajos donde el agua se acuna, deslizándose hacia la ventura y la aventura del mar. Siempre el vaivén de los senos alegres repletos de frutillos verdosos que buscan la madurez de la cosecha... Por entre chopos –traíamos la frente dorada de largas familias de chopos esbeltísimos, con mucho oro y mucha locura de color en ardor de lumbre y luz–, por entre pinos, se oye el agua: no el agua suave, delgadita, sino el agua copiosa y densa: el agua. Nos hemos parado, olvidándonos apenas un segundo de que nuestros corazones vienen ateridos de frío de guerra, de dolor de guerra, de angustia de guerra y nos hemos lanzado, cuesta abajo, en busca del agua.

Primero son los chopos, cuerpo a cuerpo del nuestro, quienes nos reciben con altura de lirios que buscan su mejor sitio, las nubes, para la raíz cogida de lo hondo agudo de la tierra; y luego de los chopos vienen unos escalones grandes, perfectos, por donde el agua se vierte en cascadas dulces, ligeras, felices, hacia... Esto es imponderable. El agua viene de los montes, de debajo de los cerros olivados, y graciosamente educada se derrama por canales, cuestras, saltos y cilindros que la mano hábil del hombre le ha ido preparando tiernamente. Matavejé es el sitio: capricho de un torero que supo gastarse los dineros del peligro en este sueño de los chopos y del agua cernida de aves en tropel. (Había una fea historia de explotación del “amo” de la maravilla; las fanegas de aceituna pagadas a las pobres compañeras del campo, a tres pesetas. Pero todo ello pasó al olvido, porque son más de trescientos los hombres que ahora cultivan y explotan a Matavejé la hermosa).

¡Qué trabajo arrancarse del paisaje que se nos arrolla al alma cándida de viajeros, y recuperar nuestra humana condición cuando nos sentíamos parte del agua que iba en descuido de canciones hacia el mar, y plumas de los pájaros que cantan por cantar. Pero la realidad, el plazo de sangre que vuelve a sus arterias cronométricas, nos devuelve el apenas descansado dolor de vivir la circunstancia presente. Otra vez los olivos, señores, y las encinas que nos traen aires de Castilla; hace apenas una hora que nos ha asaltado toda una serie de cuadros ecuestres, de Velázquez, vivificados; estos ginetes andaluces, con sus magníficos caballos de crines bien esculpidas, por cima de las menudas crestas del paisaje, cabalgando la tarde de verdes dorados grises y amarillos rojizos. La carretera dió pueblos de traza inolvidables: Huelma, y después, Cambil; una fiesta de callecillas pictóricas, las casitas encaladas y revestidas de azul finísimo, el humo blanco –“can-

deal" lo llamó en sus versos el poeta levantino Antonio Oliver Belmás—, y las siluetas de los cazadores que también escaparon del Museo del Prado y de los tapices del Pardo... Con Cambil vuelve el ritmo de árboles, la ondulación femenina de la tierra en hombros y en senos suavizados de contornos vegetales... Y después del tajo grande, con la sierra agria, dura, repulsa a lo blando de nuestros ojos embelesados para echarlos fuerte a lo exterior, el empalme con la carretera de Granada hacia Jaén.

¿Jaén?... Jaén está lleno de luz, de alegría, de alcohol, de gentes bien vestidas que ignoran la tragedia que nosotros solamente nos permitimos olvidar siete minutos dentro del gran país de los chopos y del río con aves, para vivir cómodamente en sus cines, cafés, bares y plazas. ¡Las plazas andaluzas; la plaza de Jaén! ¿No pueden haber multas para estos hombres como templos, que pasan las horas charlando de cuanto no vale nada ante la necesidad inaplazable de coger el fusil y relevar a los compañeros que en los frentes defienden las libertades del pueblo traicionado?... Son, la mayoría de ellos, refugiados, evadidos de los pueblos ya ocupados por los facciosos; son hombres que no han sabido defenderse como tales, llorando ahora (¡ay Historia de España de la Reconquista!) como mujeres lo que no supieron defender como hombres. Pero como mujeres, no; porque después he podido comprobar la reunión de más de tres mil quinientas compañeras en un mitin antifascista organizado por las mujeres antifascistas de Jaén, y ellas sí que arden de coraje, y entusiasmo, y abnegación por triunfar dando hasta la última gota de sangre obrera.

Después de los sectores del frente, después de las malas comidas, del frío, del horrible café, y de tantos sinsabores como pasan los que van por tierras en guerra, Jaén sobresale como una ciudad de viaje de novios: la molicie olvidada, surge audaz; todos los pequeños apetitos de comodidad nos asaltan; y el corazón se nos empaña de terror temiendo que esta inconsciencia de las gentes de Jaén, que viven alejadas de la guerra estando flanqueadas por los dos sectores de batalla Granada y Córdoba, se nos contagie con solo respirar este aire de ciudad impávida y absurda. Valen más los montes, con su eternidad de maravilla sin sujeción a otra estrella que de la belleza armoniosa y con fruto para el hombre, que estas calles donde la luz casi nos ciega, ya que veníamos de regiones urbanas condenadas a la oscuridad, y estos comercios de lujo, y estos cines, y estos bares, y estas borracheras callejeras, sempiternas, desconocimiento absoluto de lo que para los seres de la retaguardia debe ser vivir fuera del marco activo de la guerra, trabajando para los que luchan, sin colocarse nunca nadie al margen de la guerra, porque ello es traición y tan faccioso como ser sulevado.

Contra esta apatía, contra esta actitud de las gentes descuidadas de sus deberes, luchan los hombres del Partido Comunista con denuedo inagotable, y con éxito gradual; luchan las Mujeres Antifascistas, que se han constituido para aprender a las necesidades de los frentes y al problema, que aquí es agudísimo, de los refugiados: mujeres y niños se corrieron serranías de angustia huyendo de la gumía feroz de los moros o del fusil de los fascistas. Poco a poco empiezo a ver filas de hombres que se preparan para salir (las plazas siguen llenas de vagos que toman el sol), y la ciudad se ve privada por orden gubernativa de “no tomar alcohol en los establecimientos públicos después de las diez de la noche”... ¡Bueno, ya es algo!; poquísimo, pero... ¡Hay que ver el efecto que les produce a algunos!

Desde lo alto de los montes que respaldan la ciudad, el mundo de Jaén es mejor: todo, desde arriba, cobra valores gratos. Y más cuando se recuperan el campo y el horizonte ilimitado; cuando los olivos resaltan el bordado de escrupulosa actitud en sus montecillos adolescentes, y los versos del poeta Antonio Machado nos acarician los oídos de la memoria: “Corre el tren, por los campos de Jaén...” ¿La guerra?... ¿El sacrificio que ella trae consigo, voluntario, antes que forzado por mano imperiosa de la disciplina?... el hombre tiene muy bien puesto su sombrero, fuma a grandes tragos, bebe a espesos sorbos, y se encoje de hombros: aquí no “llega”, aquí no se “nota”. Y nosotros sabemos que vienen bocanadas de hombres de Murcia, de Alicante, de Cartagena, a reconquistarle Andalucía a los andaluces. A estos de las plazas, que no a los labriegos incansables que han hecho el primor de los campos de Jaén.

Les gritaremos en las plazas, en los bares, en los cines, su deber de hombres, para que el agua que hemos visto entre tajos le salte a los ojos y en lugar de llorar de miedo, lloren de sonrojo viéndose impávidos en las calles limpias mientras sus hermanos están en los frentes, sucios, con tantísimas necesidades sin cumplir por lo duro de los momentos, dando los pechos desnudos, los débiles pechos del trabajo, en defensa de todos los que estamos en la retaguardia. ¡Vergüenza de los que no hagan nada por la guerra, por la revolución! Ella requiere el sacrificio, pureza, desinterés, que serán las garantías de que estamos haciendo una vida mejor.

Tengamos confianza en las horas. Quizá dejen de charlar inútilmente, de beber, de divertirse, de impedir a sus mujeres –estos, los hombres de la clase media– que actúen como verdaderas mujeres del pueblo incorporándose al hacer, ya que cualquiera que éste sea siempre será preferible a la inactividad, al ocio andaluz. Esta gran labor la han de hacer las mujeres antifascistas de Jaén, que cuentan con buenos elementos de lu-

cha. A ver si todavía la decisión de todas estas gentes indecisas alcanza a conquistar Granada y Córdoba, o a ver si el día mismo que se arranquen para "ir por ellas" se encuentren con que ya se las han conquistado y se las ofrecen con gallardo gesto generoso, un miliciano murciano o cartagenero, o alicantino, que los hay a millares y que cumplen como exigen los días presentes.

...Y todo, yo os lo aseguro, por estos campos de olivos; por estos soberbios cerros de aceitunas cálidas y de manos juveniles de mujer asiendo la rama. Todo, la guerra, la sangre, el valor, por este gran campo de Jaén!».

Como es lógico, cuanto de injusto tiene la colaboración, no quedaría sin su réplica. Al día siguiente, veintiuno, el director de *La Mañana*, Antonio Morales Jiménez, «Argos», daría «Comentario a un artículo», del que reproducimos un párrafo:

«Muy bien todo el artículo. Excesivo primor literario y algunas realidades, en contraste con ideas un poco frívolas, faltas de meditación.

En estas columnas nos hemos quejado bastantes veces de la frivolidad del ambiente de Jaén; y hemos afirmado que no vivíamos la guerra. Pero ¡alto ahí, camarada! No vivir la guerra no significa que nosotros nos hayamos entregado en brazos de Morfeo, en espera de que nuestros camaradas de Levante —como afirma Carmen Conde—, nos saquen las castañas del fuego. Craso error.

Repasa, camarada, la actitud de Jaén. si no ha sido heroica, poco le falta. Y si no, escucha:

Al iniciarse el movimiento revolucionario, la provincia de Jaén se alzó en armas y, con una intuición de clase formidable, dió el primer avance hacia la reconquista. Emoción producían las caravanas de hombres que, a pecho descubierto, irrumpieran en las carreteras para describir las primeras gestas con la toma de El Carpio, Pero Abad, Montoro... ¡Y sin armas! con cuatro viejas escopetas enmohecidos pistolones del quince...

Esto no lo sabías tú, Carmen Conde... como tampoco sabías tú nada de la batalla de Baena, donde nuestros milicianos se cubrieron de gloria con igual armamento que antes... Lee un poema que recitó días pasados, Rafael Alberti, y verás lo que te dice de la Torre de El Carpio, de los dinamiteros de Linares y La Carolina, de aquella gesta que un día se grabará en la historia, y que ya corresponde a la galanura de nuestros romanceros...».

Pero, ante todo, a Carmen Conde la guerra no le inspira más que angustia y dolor. Y dos libros bellísimos con esta marca le nacen en tan trá-

gicas circunstancias. Uno, *Mientras los hombres mueren* –publicado muchos años después, 1952, en Italia–, lleva la fecha de redacción 1938-1939, y algunos de sus poemas, como advierte la autora en palabras preliminares, «me fueron arrancados de la entraña con más profunda desesperación todavía». Y en otro lugar (3) confesaría:

«lamentos por la vida que se derrochaba ciegamente. No unos hombres determinados, sino todos los hombres son llorados aquí con el profundo desconsuelo que siente una mujer ante los inescrutables designios que permiten el horror donde vivía la confiada sonrisa».

El otro libro, *Sostenido ensueño*, fechado en 1938 –«fui escribiéndolo durante la guerra, en Murcia y Valencia»–, permaneció inédito hasta la edición de su *Obra Poética, 1929-1966* –Edit. Ciencia Nueva; Madrid, 1967–, por la que mereciera el Premio Nacional de Literatura de ese mismo año. Un libro, como el anterior de poemas en prosa, de muchos paisajes íntimos, como el dedicado a Jaén:

Campos de Jaén

Cuando los montes subían dándose a mi abrazo moldeados, el paisaje manaba de mí.

Corriéndolos, yo tiraba de olivos, de aguas mellizas, de aves, y la prisa de ellos todos florecía mi espalda de frutillos.

En la terrible noche de los hombres, aun brotó alguna brisa de primavera en el corazón de la mujer.

Briznas de sensualidad y algún rayo de sol cruza la cintura femenina; en el fondo, como siempre, el mayor grito de la tragedia.

A fe que no carece de interés cuanto recuerda de su estancia jaenera en las apretadas páginas de sus reseñadas memorias, donde unas pinceladas recogen más el clima sicológico individual y colectivo que la descripción de su propio hacer y el muy importante que se sucedía, al menos, en el ámbito literario. De todos modos, nos parece más que sobresaliente cuanto anota nuestra poeta, de aquí que lo recojamos en su práctica integridad:

(3) *Antología poética de Carmen Conde*, pág. 17. Edón. de Carmen Hiriart; Edit. Espasa Calpe; Madrid, 1984.

«Hubo que ir a Jaén.

El Estado Mayor recibió órdenes de trasladar allí su equipo informativo con su «Emisora F.P. n.º 2», en espera del traslado total. Como todavía yo mantenía cierta pasividad ante los acontecimientos que íbamos afrontando, accedí a acompañarle también en aquel desplazamiento. Fuimos en un pequeño cochecillo y nos acompañaba, aparte del conductor (J.B.) un oficial de Comunicaciones (J.J.), muy buen hombre pero algo alocado a veces en sus reacciones.

El viaje desde Guadix, bien. Se sabía que el ferrocarril de Iznalloz era bombardeado continuamente, pero en Jaén no parecía que hubiere guerra. En los primeros momentos pasaron malas cosas y las persecuciones, castigos y demás alcanzaron límites siempre reprobables, comparables –nos dijeron– a cuanto estaba ocurriendo “en el otro lado”.

Después del viaje había que cenar y buscar donde dormir cuatro personas. Les recomendaron un restaurante que ocupaba un piso y que disponía de un comedor espléndido, medio vacío, iluminadísimo, con camareros de esmoquin y un “aire” de indiferencia muy chocante. Les atendieron con esmero –se podía comer lo que se deseara–, y mientras preparaban el servicio, sentados a la mesa miraban a su alrededor curiosos e interesados por aquel ambiente que más parecía propio de una ciudad que no se hubiera enterado de nada de lo que pasaba en España, pese a sus anteriores desmanes vengativos o “justicieros”, como solían calificarse a veces.

El salón, largo y estrecho, tenía al fondo una pared cubierta por un espejo muy largo, del techo al suelo, que ostentaba una enorme botella pintada. Era, claro, una propaganda de alguna Casa del vino andaluz, pero fastidiaba ya, hay que reconocerlo, semejante publicidad y en aquellos días. El buen oficial J.J. me dijo:

–¿A que le pego un tiro a esa botella tan grande...?

La verdad es que ninguno de nosotros tomó en serio tan peregrina idea, pero como el hombre seguía esperando mi respuesta, le contesté con indiferencia y sin creer en el enunciado:

–¡Pues pégueselo!

J.J. sacó su pistola por debajo de la mesa para que no le viéramos, se oyó un chasquido y poco a poco se fue poniendo muy pálido el hombre... Estaba a mi derecha (mi marido enfrente y a su izquierda el conductor J. B.) y acabé interesándome por semejante palidez creciente.

–Pero, ¿qué le pasa a usted?

No le creímos, sinceramente, hasta que vimos que la sangre goteaba de su pierna abajo, hasta el suelo. Los hombres se levantaron aterrados y furiosos a la vez...

—¿Qué diablos has hecho?

—El seguro... ¡No tenía el seguro!

Sobrevinieron las carreras para sacar al insensato y llevarle..., ¿a dónde? Los camareros ayudaron a bajarle y meterle en el coche que estaba a la puerta e indicaron una Casa de Socorro cercana. Allí, médico y practicante hicieron la primera cura e indicaron que se llevara al herido inmediatamente al hospital. Nuevo viaje angustioso a través de unas calles desconocidas en plena y oscura noche y con una profunda indignación por parte de los tres. Hay que decir que mi marido, cardíaco crónico, necesitó de cuidados médicos mientras curaban al autoherido.

Ya instalado en el hospital luego de explicaciones e identificaciones, sin cenar, sin haber tomado ni agua desde la mañana de aquel dichoso día, y sin tener idea de dónde podrían dormir. Alguien les condujo a un ex convento cuyos habitantes se escaparon o murieron, Dios sabrá qué, que se había destinado a servir de alojamiento transitorio de los militares. ¡Lástima no saber qué convento era! (4).

Abrumadoramente solo, vacío, impresionante: las celdas limpiísimas, las camas impecables, y un silencio trágico bañándolo todo. Los tres pobres seres que el azar depositó en aquel edificio se miraron sin saber qué decirse. La primera reacción fue la misma:

—¡Vámonos de aquí!

Pero el cansancio, el hambre, la sed, el disgusto en fin, la imposibilidad de encontrar en plena madrugada otro cobijo normal, les hundió.

—¿Y adónde iremos?

En cada celda sólo había una cama. Me quedé sola y me acosté vestida. Mi marido ocupó la celda contigua y el conductor la siguiente. No dormimos ninguno (...). Las autoridades indicaron un lugar apropiado para la instalación de la Emisora Móvil, en una graciosa casa situada en una colina cercana a la ciudad. Se llamaba la "Casería de Manolito". Ausente el dueño, los caseros (un matrimonio muy serio y dispuesto, o resignado a defender lo que guardaban) se vieron obligados (o se avinieron con gusto) a prestar su colaboración doméstica a los huéspedes acciden-

(4) Se refiere al convento de la Merced. Algunos de los frailes fueron asesinados y, otros, lograron huir.

tales y allí se acomodó el equipo informativo del Estado Mayor del Ejército del Sur.

Simpaticé con la casera-guardesa y conviví con ella unos días en un par de ocasiones con motivo de mis visitas a mi marido. Aquella mujer, fina andaluza, pronto comprendió que mi marido era un verdadero señor del cual yo no desmerecía por mi conducta. Supo estar en su sitio y penetrarse con nosotros dos. La "casería" era muy grata, estaba muy bien puesta y ninguno de sus forzados y forzosos ocupantes la alteró lo más mínimo. Todo permaneció y quedó como estaba cuando ellos la instalaron para acomodarse en el campo de Baza.

En un determinado momento la casera se quejó de uno de los oficiales que trabajaban con mi marido; a mí me confesó el por qué:

—Señora, me da asco lavarle la ropa; ¡está imposible!

Mi marido ordenó al oficial que no diera más su ropa a lavar allí, lo cual provocó disensiones inevitables. Lo que nosotros dos comíamos y las ropas que nos lavaban era pagado religiosamente a la casera, de la que conservamos, como de su marido, excelente recuerdo.

Siendo soltera aún, en uno de los pisos en la casa que vivíamos habitaba un matrimonio con cuatro hijos; ellos se llamaban Vicente Medina y Teresa Cañete (era prima de una buena actriz del mismo apellido). Los dos hijos mayores tenían por nombres Carmen y Miguel, y los dos pequeños Encarnita y Antoñito. Eran de Martos, Jaén; y personas buenas e intachables. Hacía ahora años que, Vicente Medina, militar, se fue con los suyos a ocupar un puesto en Andalucía. Estando en Jaén recordé mucho a aquella familia que mi madre quiso mucho y recordando también que su pueblo de origen estaba muy cerca, me decidí a visitarlo por si podía saber de ellos. En Jaén tratábamos a un matrimonio muy simpático y joven, familia ella de grandes periodistas gallegos. Sus nombres siguen en mi memoria y hasta hace pocos años que supe de ellos con alegría. (J.B. y A.F.A.). Solía pasearme con ella, ir a la peluquería, por ejemplo, etc. Le pedí que me acompañara a Martos y allí nos fuimos las dos. De pregunta en pregunta averigué que si Vicente era desconocido por mis preguntados no lo era un hermano suyo que seguía viviendo allí. Me lo dijeron con cierto retintín y me apresuré a visitarle con mi amiga.

Encontramos a un hombre asustado, recluso, temeroso por todo: su hermano Vicente estaba en zona nacional y él sufría las consecuencias al parecer. No sabía qué decirme pero acabó pidiéndome que saliéramos a la calle y diéramos un paseo con él: así verían en el pueblo que tenía amigos en la zona republicana. Salimos a la calle, dimos un gran paseo, nos

vio todo el pueblo..., luego le acompañamos a su casa y allí le dejamos con pena por su reclusión y su miedo.

Es inevitable pensar: ¿supo Vicente Medina aquella visita a su hermano, supo la alegría que éste experimentó al verse atendido unas horas; sobrevivió aquel asustado hombre, al final de la guerra? Nunca supe yo de aquellas criaturas. Dios las proteja.

Y ahora una anécdota que no deja de tener gracia.

Aquella endemoniada noche primera de la llegada a Jaén, iba yo vestida conforme a las circunstancias: más que modestamente. Llevaba una falda azul marino y una camisa "Dux" que pertenecía a mi marido, preciosa por cierto. En una de las bajadas y subidas del coche cuando llevábamos al autoherido a la Casa de Socorro y el hospital, se enganchó la falda en una de las viejas puertas del cochecito y se desgarró hasta abajo: con un imperdible que tampoco sé quién me lo facilitó, cogí el roto.

Pero, al día siguiente me fui a una tienda de tejidos a comprarme tela para otra falda. Pregunté quién podría cosérmela, y el tendero se encogió de hombros... ¿Por qué? ¿No había modistas en Jaén? Haberlas las hubo; sólo quedaba una muy buena que no quería trabajarle a nadie desde que su marido había sido detenido y encarcelado. La pobre está enloquecida y aterrada por si le daban el paseo a su marido, que era bueno y honrado.

—Deme usted las señas de esa señora —pedí.

—No le hará la falda, créame.

— Es lo de menos. Sin embargo, iré a verla (...).

Visité a la señora modista, oí sus lamentaciones, le expuse mis deseos y le mostré el desgarró con el imperdible sujetándolo, de mi falda. Le pedí el nombre de su marido y el sitio en que le retenían (...). Se lo conté todo a mi marido y le dije que me llevara al sitio que la modista me indicó como "posible" para solicitar la libertad de su marido. Fuimos juntos y hablamos con un comité que hacía y deshacía lo que pasaba en Jaén: me dieron palabra de ponerle en libertad.

Volvía ver a la afligida y estupenda modista, para contárselo todo: sólo me llevó quince pesetas por hacerme la falda».

Realmente sobrecoge la descripción de una ciudad y una provincia acobardadas y terreno para toda cobarde impunidad. Un testimonio que, por ser de una pluma comprometida, es doblemente valioso. Otros son los ojos hacia Úbeda y Baeza, con los que cierra el capítulo:

«Existe un retrato de mi marido conmigo, junto a un río: el Guadalquivir, creo, fechada en 15 de junio de 1937. Pertenece esa fecha a la visita cordialísima que por encargo de Clemencia Miró hicimos a la notable hispanista inglesa Carlota Remfry de Kid (5), traductora de Gabriel Miró el inmortal. Mr. Kid era ingeniero de las minas de Linares y el matrimonio vivía cómodamente en esta ciudad. De aquella visita nació el poema al Guadalquivir escrito por mi marido, Antonio Oliver Belmás. Así mismo recibieron sus poemas todos los lugares visitados en guerra por él.

La visita a Carlota Remfry, poetisa también, era un homenaje de fervorosos lectores de Miró. La amistad con las dos hijas del escritor levantino contaba mucho en el querer hacer aquella visita. Cuando la actividad oficial de mi marido no le agobiaba, yo aprovechaba cualquier pretexto para recorrer aquella parte de Andalucía todavía en poder de la República.

Linares fue seguido por Úbeda y Baeza. Era un asombro deleitoso caminar admirando sus tesoros de casas, árboles, luz, paz. Allí había paz urbana y viajeros que procuraban desprenderse de lo que dejaron atrás y les aguardaba. No veían o no querían ver más que lo hermoso, Renacimiento anclado, que el breve descanso les brindaba.

No hay un solo recuerdo crispante de aquellas ciudades vueltas a visitar años más tarde y hasta con cierta frecuencia para conectar con aquellas impresiones plácidas improvisadas al margen feliz de tantas inquietudes: más por los demás que por nosotros mismos, pues quizá no esté de más asegurar que la guerra mordía también a seres queridos en la zona que el destino y la vocación les ataban.

En la imposibilidad de ofrecer lo que no sea un cántico al reposo y a la belleza de Úbeda y Baeza –¡cuántas páginas de don Antonio Machado leídas en los atardeceres rosa vivo del camino que une a las dos ciudades monumentales!–, se fija en la memoria tibia de los días que allí se vivieron».

Texto más que explícito, que hace innecesario cualquier tipo de glosa. Continuemos, por tanto, con nuestra propuesta aproximación literaria.

De entre todas las publicaciones periódicas giennenses de tan aciago trienio, sobresale, tanto por su calidad tipográfica como literaria, *Frente*

(5) El nombre correcto es Carlota Remfry de Kidd; falleció en Linares en la década de los años cincuenta. Sus traducciones no fueron exclusivamente literarias, caso «De weapons of iberians with supplement containg text of pasages from classeal historians referewnd to in de paper, rendered into by E. J. Ford Sdyke», de Horace Sandars; editado por la Universidad de Oxford, en 1913. No nos constan sus poesías, si bien editó un libro de relatos, *Linarejos y otros cuentos*.

Sur, bisemanario y órgano del Comité Provincial de Jaén del Partido Comunista, en el que se suceden las colaboraciones de José Herrera Petere (6), Pedro Garfias (7), Iliá Ehrenburg (8), famoso escritor ruso, y todo un lar-

(6) –Guadalajara, 1910; Suiza, 1977–. Su poema «Quinto Regimiento» aparece publicado el quince de abril de 1937 y «El comisario», que ya había aparecido en «La Mañana» –Jaén, 14 de febrero de 1937– se da en el número del día 22 de abril de ese año; «Toma de la Virgen de la Cabeza», en el del 6 de mayo; y «A la ofensiva», el 9 del mismo mes y año. De los cuatro poemas –el tercero de neto y palpante asunto jaenés–, algunos serían escritos, a nuestro juicio, en tierras giennenses. Las tres prosas del libro en preparación, «Quinto Regimiento», –20 y 30 de mayo y 6 de junio de 1937– serían remitidas por el poeta o tomadas por la redacción de algún otro lugar, como lo sería su poema «A la guerra bajo el frío» que, con las iniciales del Socorro Rojo Internacional, publicaría *Democracia*; Jaén, 23 de diciembre de 1937.

(7) Quizás sea Pedro Garfias el más popular poeta para la dirección del periódico, y al que, en el número 5 de cuatro de abril de 1937, presenta:

«Pedro Garfias es un gran poeta revolucionario. Desde hace muchos años pertenece al Partido Comunista. En la provincia de Sevilla llevó a cabo intensas campañas de agitación. Tuvo que marchar a Madrid, donde actuó eficazmente en el trabajo ilegal desde el año 1934 al 36. Comenzada la guerra, marchó al frente y en Navalperal estuvo hasta que se formaron las Milicias Andaluzas, a las cuales se incorporó.

Gran luchador, gran poeta y consecuente revolucionario es hoy uno de los mejores comisarios del frente Sur, sus versos están escritos en los descansos de los combates. Para nosotros es una satisfacción contarle, desde hoy, entre nuestros colaboradores».

Seguidamente reproduce el enardecido poema «Defensa de Pozoblanco»:

«Pozoblanco, Pozoblanco / nunca serás de Queipo. / Te defienden los soldados / del ejército del pueblo (...)».

De todos modos, a significar que no fueron muy abundantes sus colaboraciones, entre las que destaca «Avión en domingo» –firma como Comisario de Batallón Villafranca–, publicada en el número 7, de 11 de abril, y en la que se duele por el bombardeo de la ciudad –“la capital de la aceituna”, la llamará Miguel Hernández en su artículo “La ciudad bombardeada”, publicado junto al texto de Garfias– por la aviación nacional:

Grita la madre al niño:

–¡Niño, vente a la casa!

El niño corre y corre

con su risita clara.

Mañana de domingo.

En los árboles cantan

luces de paz y campo.

–¡Niño, vente a la casa!

Y el niño corre y corre

con su risita clara.

Las piedras se enternecen

debajo de su planta

y el viento le acaricia

guísimo etcétera que encabeza Miguel Hernández, el poeta de Orihuela, quien lo funda –su primer número, con vistoso dibujo de Martínez de León, aparece en 21 de marzo de 1937 (9)– para que sirviese de «altavoz del frente» –en nuestras tierras hacía línea– y con un objetivo prioritario, el de servir de propaganda en esos meses de asedio final al Cerro del Cabezo de Sierra Morena, Andújar. Conquistado que fuera por las tropas leales a la República, la calidad periodística decae notoriamente, entre otras causas, al perder la práctica totalidad de las firmas de tan notables escritores. Y es precisamente en este momento de declive cuando comienzan a aparecer en *Frente Sur* las colaboraciones de Antonio Oliver y las que continuarán hasta la extinción del bisemanario. Desconocemos si, una vez transformada la publicación en diario, siguieron dándose en él o en otro medio las colaboraciones del murciano; la última por nosotros conocida, un poema, está recogida en el número 78 del periódico, fechado en 23 de diciembre de 1937. La aparición de nuevo material hemerográfico conllevará la justa respuesta.

En tiempos tan crispados, fue imposible la asepsia. Oliver hace confesión de su militancia comunista y tiene a su cargo una sección fija de *Frente Sur*: «Voz y oídos para la guerra»; la que, en principio, debió de ser de periodicidad semanal. La inicia el doce de septiembre de 1937 y concluye, que sepamos, el veinticinco de noviembre de ese mismo año, con un saldo total de siete artículos; cómputo, desde luego, provisional, máxime si advertimos el práctico vacío final de casi un mes, hasta el 23 de diciembre, fecha en la que aparece el poema referido.

*los bucles de la espalda
con una mano buena.
–¡Niño, vente a la casa!
–¡Un globo, madre, un globo!
Cayó justa en la plaza
habriendo la sorpresa
feroz de sus entrañas.*

*El niño rojo y rojo
sobre la acera blanca.
Dos brazos enlutados
le llevan a su casa.*

(8) Firma en «Jaén, abril de 1937», el artículo «¡Vivan las armas!», que publica el número 12 de *Frente Sur*, de 1 de mayo de 1937. Otras colaboraciones son, con plena seguridad, remisiones de agencias, o tomadas de otras publicaciones.

(9) Su figura y producción giennense han sido suficientemente estudiados; a pesar de ello, merecería la pena realizar nuevas investigaciones.

Por cuanto hace a la adhesión comunista de Oliver, no puede aportarse más elocuente ejemplo que el ofrecido por su artículo «Rusia, el gran hecho del mundo» –*Frente Sur*, 7 de noviembre de 1937–, el que redacta con ocasión del vigésimo aniversario de la construcción de la URSS. Queden algunos párrafos del referido artículo:

«El gran hecho contemporáneo del mundo es el socialismo. No hace aún el siglo que Marx y Engels lanzaron el Manifiesto Comunista, sentando con él las bases científicas de la nueva sociedad, y todo el mundo se estremece ante este nuevo descubrimiento. El socialismo ha tenido posibilidad en Rusia gracias al esfuerzo gigantesco de los Soviets, que bajo la dirección inteligente de Lenin han construido la primera patria de los trabajadores (...). Junto a esa patria esplendorosa están todos los brazos de la tierra, todas las inteligencias despiertas y honradas. Esa patria surgió merced no sólo al campo propicio, que laboraba con sus injusticias el zarismo, sino a la labor que desde el destierro llevaron a cabo los comunistas rusos. Bajo la política de Lenin y Stalin, esa patria ha sabido conservar su revolución –algo siempre todavía más difícil que provocarla–, y hoy es ciertamente la única democracia proletaria del mundo que rige una Constitución ejemplar (...) Los que buscamos una patria que se asiente sobre los mismos cimientos, una patria que sea de los trabajadores, estamos reconocidos y agradecidos al gran pueblo ruso, y le rendimos en esta fecha nuestro homenaje emocionado, consciente (...). Forjemos otra España, la nuestra, dentro de las normas universales de la economía socialista, bajo cuyo signo vive nuestra época, y abramos al mismo tiempo cauce hondo para que corra el torrente inagotable de la espiritualidad de nuestro pueblo, ahora más que nunca vinculada en nosotros, que somos, quiéranlo o no los traidores, la genuina pervivencia de nuestra Historia».

Aunque cuidada, pura retórica propagandista y militante; prosas de mera ocasión, a las que no es justo tener por exponente de la totalidad. De aquí que, en apretada síntesis, ofrezcamos los artículos de su sección. El primero de ellos, «Las puertas de la cultura», se nos viene con el mayor interés, no por enfrentar las propuestas republicanas y nacionalistas, o aplauda decisiones del ministro comunista Jesús Hernández; sino, ante todo, por cuanto ofrece un canto apasionado a las Universidades Populares que propiciara el gobierno de la República. Pionera fue la de Antonio Machado en Segovia, y a su semejanza se constituyó la de Cartagena, con el parejo empuje de Oliver y Carmen Conde, como esta última recordará con posterioridad (10):

(10) Páginas 12 y 13 de la citada antología de Carmen Conde, seleccionada por Carmen Hiriart.

«La primera después de la que había fundado don Antonio Machado en Segovia. Usando precisamente los mismos estatutos, hicimos Antonio y yo la de Cartagena. Duró hasta la llegada de los soldados vencedores que la quemaron».

Pero quede ese texto –30 de septiembre– de innegable calidad y muy concreta posición ideológica.

«Ya a fines del siglo XIX, don Francisco Giner de los Ríos, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, pesadilla constante de la reacción y el jesuitismo, clamaba por una enseñanza gratuita en todos los grados, cuando la primaria apenas lo era. Más tarde, y al calor de este pensamiento y de las corrientes universales a este respecto que culminaban sobre todo en Francia, surgieron en Asturias y alentadas por algunos catedráticos de la Universidad de Oviedo las primeras Universidades Populares. En Asturias, hacia 1905 –si no me falla la memoria–, pues no puedo donde hoy me hallo consultar bibliografía precisa, los catedráticos de la Universidad de Oviedo sacaron a la calle en un gesto heroico –el heroísmo también florece en la vida diaria– sus propias cátedras. Y las llevaron, nada menos que a aquellas zonas industriales asturianas donde los obreros explotados por un mísero jornal y una jornada dura y larga, sacaban fuerzas y entusiasmados todavía para el estudio, al que luego no podían dar validez oficial, pero que habría de servirles, sin embargo, para hacer de Asturias la gran región en la que todos los revolucionarios verdaderos tenemos hoy puestos los ojos. Los obreros asturianos, que ahora tienen en jaque al fascismo internacional en una situación geográfica y militar desventajosa comparada con la del resto de los frentes de lucha, los Gigantes de la guerra contra el Fascismo Internacional, que están escribiendo una tragedia clásica, eran ya titanes cuando en la primera década del siglo se quitaban horas de descanso de su noche para asistir a las clases que los conscientes y nobles profesores de la Universidad de Oviedo, les daban allí en sus mismas zonas de trabajo.

Este movimiento, hondamente popular, de democratización de la cultura, fue como un río subterráneo, apareciendo y desapareciendo de la superficie de la vida política aquí y allá, pero dejando siempre un germen vivo y fecundo en el ambiente. Cataluña y el Norte fueron los que más pronto se lo incorporaron, porque el obrero tenía allí, en los grandes centros de población y trabajo, más libertad para su continuo combate. El resto de España también vibró a su unísono y ahí estaban las Universidades Populares de Segovia –¿verdad Antonio Machado?–, las de la U.F.E.H. de Madrid y otras capitales, la Universidad Popular de Cartagena y tantas otras instituciones de idéntico contenido, que se denominaban Ateneos o Bibliotecas Populares.

Entre todas estas instituciones, ya proclamada la República, se empezó a establecer contacto. Faltas aún del apoyo oficial deseaban hacer una Federación de Instituciones de Cultura Popular que condensara, facilitara y propagara el movimiento. Hubieron conversaciones preliminares en Madrid entre los representantes de la Biblioteca Popular de Torrelavega, de la Biblioteca Popular de Ribadeo, de la Universidad Popular de Segovia, del Ateneo Popular de Burgos, de la Universidad Popular de Cartagena, a los que en principio se adhirieron otras muchas bibliotecas y ateneos. ¡Pobres amigos, pobres compañeros de la Cultura Popular en todas las poblaciones donde el fascismo ha puesto su bota! ¡Cuántos habrán caído bajo el plomo extranjero, bajo la bestialidad reaccionaria!

Solamente los que vivimos sabemos cuan difícil era luchar en las ciudades de provincias por este lema tan justo, tan revolucionario. La reacción nos cercaba, sigilosa y sombríamente, y nos acusaba, honrándonos con esa frase hoy tan en boga en los locutores de la radios facciosas, llamándonos en voz más o menos baja hijos de Voltaire (...). Ese profesorado retrógrado era el que no conocía ni de nombre a D. Manuel Bartolomé Cossío, ni a ningún hombre apóstol de la Cultura española; el que ironizaba sobre las Misiones Pedagógicas, el que en una palabra fue siempre la rémora mayor para que los dotados de inteligencia, si eran de la clase proletaria, se pudieran capacitar. Este profesorado rutinario e incapaz era el que permitía que las inteligencias murieran sin dar su fruto, como los capitalistas tenían sin cultivar las tierras mejores, limitando así el progreso de la humanidad y retrasando la liberación de la clase trabajadora».

Aparte de los tonos partidistas, sobresale el reconocimiento a la Institución Libre de Enseñanza y, ante todo, por cuanto de biografía de nuestros autores contiene, las referencias directas a la creación de las Universidades Populares, las que con muy opinable criterio y animadas por otras coordenadas, se promovieron en nuestra provincia, como en otras, en los años de la séptima década de este siglo. Pero –a lo que vamos– no es el tono transcrito el habitual en las colaboraciones de guerra de Oliver, como bien puede apreciarse en su siguiente colaboración, «Ojos y oídos de la guerra. África, ellos y nosotros» –*Frente Sur*; Jaén, 7 de octubre de 1937–, donde comenta el posible acuerdo de la Sociedad de Naciones para la retirada de combatientes extranjeros en la «dramática lucha española»; en cuyo caso no tendrían la condición de tales «los nacidos en las colonias de España». Ahora, el lenguaje será más acre, mucho más ácido, de combate:

«¿Qué repentino amor hacia los pueblos africanos el de los rebeldes?
¡Ellos, que se dicen representantes y confirmadores de la Monarquía im-

perial y la Iglesia católica, son ahora amigos de los mahometanos, a los que persiguieron durante siglos! Ellos, que se dicen continuadores de los Reyes Católicos, trayendo los moros a España –y a los peores moros, naturalmente–, a Granada, a Córdoba, a Sevilla, a Zaragoza, de donde la Monarquía y el Catolicismo los había expulsado. Ellos, que después de la lucha de la Reconquista, estuvieron dos siglos expulsando a los moriscos que, mezclados a los peninsulares, vivían pacíficamente en España; ellos, que lanzaron de sus hogares a todos aquellos que con sus brazos enriquecían nuestro suelo, considerados sospechosos de no seguir la Religión católica, y esto cuando no los asesinaban por dictado de la Inquisición, se sienten hermanados con los moros, y así se ve fraternizar con ellos a obispos y frailes, a las damas “Margaritas” y a toda la chusma fascista. En su desvergüenza, hasta Franco el traidor máximo, que urdió precisamente en Marruecos la rebelión y a base del auxilio de los marroquíes, les ha prometido no sé qué paraíso, que les ha adelantado ya en algunos sitios, y facilitándoles muchachas españolas, como ha ocurrido vergonzosamente en el gallego balneario de La Toja».

Un texto que continúa implacable, de más que incisa militancia, y el que concluye con un caudaloso y fluido poema de enamorado, nada racista, y cuya autoría, la que desconocemos, no nos atrevemos a adjudicársela al ejerciente de periodista.

La internacionalización del conflicto bélico y la participación en el mismo de soldados de diversos países, es otro de los temas que mereció su atención a raíz de que el Comité internacional de no intervención calificara de «extranjeros» a los miembros de las Brigadas Internacionales, y de «voluntarios» a quienes combatían en el ejército del general Franco. Una vez más, será la carga ideológica ponderada la que se afirme sobre lo que no deja de ser un artículo de guerra. Dejemos como muestra algunos párrafos de sus «Extranjeros en la guerra» –*Frente Sur*, núm. 49, de doce de septiembre de 1937–:

«Una de las características de la guerra que en el suelo de España se desarrolla, es el hecho concreto de la presencia sobre el mismo de extranjeros que intervienen en la lucha. En virtud de este hecho, la guerra española se sale de sus propios límites nacionales y se desborda de tal forma que sus cauces de contienda civil adquieren dimensiones que la universalizan.

En esto, por rara coincidencia, parece que estamos de acuerdo los rebeldes y nosotros. Sin embargo, aunque ya se ha repetido mucho, no está de más señalar las diferencias esenciales que hay entre los extranjeros que luchan frente a nuestras líneas y los que pelean a nuestro lado (...). Los

soldados extranjeros que con ellos luchan han venido a España obligados y engañados casi todos y encuadrados en unidades militares de su país de origen, que constituyen en el nuestro un Ejército de conquista. En contraste, los soldados de las Brigadas Internacionales son antifascistas de todo el mundo, que están entre nosotros no por imposición de ningún tirano, sino por decisión libérrima de su conciencia (...) han visto ya el amanecer de un nuevo universo; los que saben que en el mundo no puede existir más que una patria: la de todos los trabajadores que den una distinta ordenación a la economía para hacer la vida más feliz y más progresiva».

En «El “Caballero” español» –*Frente Sur*, Jaén, 17 de octubre de 1937–, intenta analizar el lenguaje de los sublevados y hasta nos ofrece un Don Quijote caballeresco y hasta progresista. Veámoslo en algunos párrafos:

«Los rebeldes quieren resucitar la “caballerosidad”. Así, todos sus órganos de propaganda hablan de la caballerosidad, a la que traen y llevan de acá para allá en sus sucias lenguas de traidores. No hay ahora en la zona facciosa quien no se las dé de “caballero”. Desde el militar sublevado hasta el cura en armas, pasando por el militar falangista. Al “caballero español” de la España facciosa, según vocean sus difusoras, les vienen estrechas nada menos que las palabras Renacimiento y Reconquista. El actual caballero español es el compendio de las virtudes de la Raza (...) Si ahondamos un poco en esa fiebre del subconsciente por la “caballerosidad”, fácilmente se deduce que ella alienta un odio profundo hacia las masas, hacia la entraña popular (...). Don Quijote, que, sépanlo esos caballeros de tres al cuarto, esos caballeros de pega, es el único Caballero de España. Y lo es, nada menos ni nada más, porque Cervantes resumió en él toda la rebeldía de la época, que no podía expresar de otra manera si no quería ser víctima irreparable de la crueldad de la Inquisición. Don Quijote, ese Caballero andante, y pensante, encarnaba todas las esencias democráticas y sentía siempre con el pueblo. En el amor se enamoró de una campesina: su Dulcinea, Aldonza Lorenzo, era una labriega. Arremetió contra el Retablo de Maese Pedro, donde no faltaba la figura del Emperador. Libertó a los presos que iban a galeras, diciéndoles que más ladrón era el Capitán general. Disolvió a punta de lanza una procesión, semejante a las que ahora han resucitado los facciosos en las ciudades que están en su poder adelantando la noche con los lóbregos rosarios, que cantan y hacen cantar a la población ahíta de sangre; arremetió contra los frailes hipócritas; desató al pastor a quien su amo el terrateniente, encima de no pagarle los jornales, había atado a un árbol; comió y compartió el pan de los cabreros bajo las encinas graves, y estuvo siempre al lado del explotado, del esclavizado, y en contra de todo lo que supusiese injusto pode-

río. De este espíritu generoso siempre se mofaron el Cura y el Ama, y el sacamuelas del Barbero; de este espíritu fecundo se rieron siempre los duques y aristócratas.

Cervantes, repito, no podía en su tiempo decir impunemente tantas verdades contra las clases dominantes. E ideó un loco, un alienado sublime, que para nosotros es la misma cordura y la suprema razón, que fustigaba todos los vicios de entonces, puestos en pie ahora por los podridos provocadores fascistas».

No deja de sorprender esta lectura de un Cervantes-Quijote democrático y progresista, por quien fuera profesor de la Universidad Complutense. Ya se habían agotado las propuestas por un arte puro e incontaminado. Se está forjando una nueva cultura, la que será eje de una sociedad distinta y nueva que, a juicio de Antonio Oliver, avanza implacable, como bien pone de manifiesto en su artículo «La civilización occidental» –*Frente Sur*, núm. 51; Jaén, 18 de noviembre de 1937– toda una larga disquisición antifascista y de adhesión a los postulados marxistas que, desde luego en esta ocasión, no evidencia al intelectual que firma el trabajo. Sírvannos de ejemplo unos párrafos finales de la colaboración:

«Entienden por “civilización occidental”, el predominio de la Iglesia de Roma, falseadora del cristianismo, que nació en Oriente, como todas las religiones y en contra justamente de la paganía occidental, imperial. Entienden el predominio de una casta, de unos pocos sobre los más y para mayor escarnio predominio de tiranía. Esa es la tan cantada “civilización occidental” y como es esa, y no otra la que defienden los fascistas, es cierto que nosotros luchamos contra ella, que la queremos hundir (...). Si Spengler dijo que las civilizaciones van de Oriente a Occidente y que en su itinerario siguen la misma trayectoria que la luz solar, nosotros no vamos a ser tan osados como los fascistas, que queremos detener la decadencia de la “civilización occidental”, que sería tanto como detener al sol en su carrera. Acaso estemos en un momento en el que la civilización vuelve a su fuente eterna y va a manar desde el Oriente. Ahora bien: nosotros hemos de aclarar que venga de Occidente o de Oriente estaremos con ella si encarna los principios universales que sentó Marx, si defiende la libertad y el bienestar de los trabajadores de todos los países, que son en suma los que mueven el mundo, pues aunque este gira en el sistema planetario a que pertenece, no se mueve en todo lo demás por sí solo. Y nos colocaremos frente a ella si lo que encarna es la injusticia, el dominio capitalista, el cesarismo, el privilegio de la casta militar y de la reacción. Contra esa “civilización” lucharemos donde se alce, con todos sus poderes

internacionales, sea en España como ahora o donde las fuerzas ocultas del fascismo quieran presentarnos el combate».

La lucha es objetivo irrenunciable. Mas cerremos esta aproximación a las prosas periodísticas, señalando que el último trabajo de este género de Oliver que viera la luz en *Frente Sur* –Jaén, 25 de noviembre de 1937– se titula «América y Nuestra Independencia». De nuevo el escritor recurre a un personaje, ya caudal mitificado, José Martí, y a un libro suyo, *Espíritu de América*, para contraponerlo a las acciones del bando nacionalista. Prosas, sin lugar a dudas, de guerra:

«Los facciosos, como sus dignos antepasados, los que enturbiaron el descubrimiento con sus desbordadas apetencias de oro, cometiendo los atropellos de las Encomiendas y de la explotación de los indios, piensan hoy en el oro de América como un sueño de hace 400 años; mas ante la imposibilidad presente del dominio material, concentran todas sus esperanzas de ablandar sus corazones y por ende los bolsillos de los “indianos”, esto es, de los españoles que salieron de España sin saber leer, porque en la España de la Monarquía y el Capitalismo no había ni escuelas ni pan para ellos.

Los fascistas no obtendrán éxito alguno en sus campañas. Esos españoles saben lo que representan los generales facciosos o sea el mundo negro que los obligó a salir desterrados de la patria en infancias tristes como crepúsculos (...). Por eso América siente hoy la causa de nuestra independencia como suya propia. A la cabeza de este sentimiento figuran los países que como Méjico viven una democracia revolucionaria y aquellos otros que aunque dominados por el capitalismo que mantiene cerradas las válvulas de la libre expresión de los sentimientos populares, no carecen de escapes apropiados por los que corra caliente la solidaridad (...) si esta España no triunfara, los pueblos americanos saben muy bien que la Libertad no se obscurecería entre los españoles solamente.

Sobre la voz tinta en sangre y vino de los generales traidores, nos lleve la caricia confortante de las emisoras americanas que levantan de nuevo y para nosotros el mejor acento de Bolívar y San Martín».

Clara alusión, la última, a Queipo. La más cercana referencia a la realidad de la lacerada retaguardia en Jaén. Obviamente, en ésta como en las anteriores colaboraciones, las que trascienden el periodismo de lo local y cotidiano, existe un lenguaje cuidado aunque fogoso en concordancia con las acciones bélicas, por no decir fratricidas, del momento. Pero, en ocasiones,

el poeta no puede esconder su auténtico pulso: «infancias tristes como crepúsculos»; y no estará sola, por cierto, esta imagen.

Antes y después de la contienda, Antonio Oliver sostuvo una lírica objetiva, la que se acerca a los seres y las cosas con amor y sencillez. Canta a todo cuento crece por cualquier costado, lo que confiesa: «alabar, construir, encender, es algo consustancial a mi vida»; pero ello, como le señalase el crítico y poeta cordobés Leopoldo de Luis (11), no «excluye una conciencia de extorsiones y torturas en un mundo injusto». Y sobrados ejemplos hay de su estancia giennense, caso de

La tierra es ya tu amiga

*Estabas en lucha con la tierra, campesino.
La tierra –paradoja– aún era tu enemiga.
Tu pie, por ella, iba prestado,
envidioso del árbol y la espiga.
Ahora, ya no:
la tierra es ya tuya,
camarada.
Toda cabe en tus ojos vegetales.
La tierra, sojuzgada,
como tú,
al poder de los burdos capitales.
La tierra que vivía
sin aguas ni caricias fraternales;
la que apenas paría
cosechas en los junios candeales.
Cuídala, campesino.
Mejora con el tuyo su destino.
Hazla tu amada, tu mujer, tu amiga,
y tu pie sobre ella
crezca a la par que el árbol y la espiga.
Toda la tierra tuya,
camarada, tierra de España,
de la España que quiero.
La que defienden juntos*

(11) *Libro de loas*, pág. 9; Edit. Ciencia Nueva; Madrid, 1971.

*el fusil y el arado,
compañero.*

Y, como éste, entre otros, «Campesina de España». Uno y otro poemas que, amén de lo meramente militante, pretenden enardecer y empujan a los campesinos a nuevos compromisos con la tierra, al trabajo enamorado. Son imprescindibles hasta los granos más pequeños de la cosecha. Asombra y alecciona repasar la prensa de la época y advertir en ella numerosos artículos que hablan y alientan a los aceituneros, o las fotografías de recogida en predios cercanos al frente. Se llama desde la prensa a toda la población para que colabore, aunque sea en días festivos, en la recolección. Y ese es el mensaje del siguiente poema de Oliver, aparecido en el citado número de 23 de diciembre de 1937 de *Frente Sur*, y en el que se mencionan con toda propiedad del lenguaje jaenero los escasos administrículos aceituneros:

Victoria de la aceituna

*Para triunfar,
vayamos todos al olivar.
Todos a una
al sol, al viento
y a la aceituna.*

*Por la derrota del enemigo,
vayamos todos a los olivos.
Coged la espuerta
y los capachos,
sacad las varas,
tended los faldos;
corred,
andad,
vayamos todos al olivar.*

*Mientras la guerra
truena en el frente,
la retaguardia
gane el aceite.
Con las garrochas entre las manos
vamos al árbol.*

*Y de las ramas que golpeamos
caigan olivas
y vuelen pájaros.
Corred,
andad, vayamos todos al olivar.*

La propiedad de la tierra y, en especial, del olivar, saltará de manera redoblada en la literatura beligerante giennense (12). Recordemos que no en vano el primer poema que Miguel Hernández publica en este periódico y en la prensa giennense es «Aceituneros de Jaén» –21 de marzo de 1937–.

También, y como no podía ser por menos, Antonio Oliver traerá a su musa uno de los temas más tópicos de la poética republicana, el asesinato de García Lorca. La inmarchitable voz del granadino le llegaría en su periplo por el frente sureño:

A Federico García Lorca

*Entre Granada y Córdoba
oigo tu voz cantar;
del arroyo a la brisa,
del río al olivar.*

*Desde Guadix a Andújar,
de Andújar a Iznalloz;
por encima del negro
odio y del rencor,
entre metralla y humo
voy oyendo tu voz.*

(12) Circunscribiéndonos a este periódico, *Frente Sur*, pongamos por exponente el firmado por un desconocido, Federico Albiñena, en el número 125, de 15 de mayo de 1938 y con el título de «Ya no tienes “amo”, olivo». Por su elocuencia, no precisamente literaria, lo reproducimos:

«Cansancio de olivo viejo / junto al linde de aquel campo. / Qué feliz, eres, olivo, / dando tu sombra al trabajo. / Las encinas, orgullosas, te miraban. / ¡Qué miradas de desprecio! / Y el ciprés, junto al camino, / rasgaba los pensamientos. / Junio de calor de fuego, / oro de oro en el campo / y tu, olivo añoso, / dando tu sombra al trabajo. / Ni siquiera conoció / el paisaje de tus años, / ni el oro de los tribales, / aquel que dijo ser “amo” / y que vivía muy lejos / rodeado de “criados”. / Ahora, mi olivo bueno, / aunque tienes muchos años, / eres gallardo y hermoso / dando tu sombra al trabajo... / y porque no eres de aquel / que dijo que era tu “amo”».

*¡Malhaya el desalmado
que la creyó apagar,
porque lanzara balas
sobre tu ser carnal!*

*Del arroyo a la brisa,
del río al olivar,
entre Granada y Córdoba,
oigo tu voz cantar.*

Un poema, desde luego, nada antologable. Mas regresemos al característico hacer de Oliver, en el que de esa anunciada amalgama del arrebatado con el amor a lo más sencillo, a la postre humanísima, surgirán sus sensibles loas, las que, a mi juicio, tienen más de un cuidado entronque con la expresión popular.

Y a estas loas, concluida la guerra, Oliver dedicará su entrega desde el rincón murciano en el que se le confinara. Son días de la más amarga adversidad, de recuento y confesión, como la que expone en su hermoso poema «Súplica»:

*¡Oh Dios, cuán infinita es tu piedad!
Para ti no hay vencedores ni vencidos(...)
Tú a todos nos abrazas en la Tierra;
de todos tomas el alma;
de todos, Señor, sacas flores.
Yo te pido que me hagas piadoso;
que mi dolor nada sea junto al dolor de mi prójimo,
que ni odie ni desprecie (...)*

Insistiendo en las loas de Oliver, de hacer constar es que su autor las fue publicando en sucesivas entregas, hasta que, en 1947, un buen número de ellas tuvieron acogida en un amplio volumen antológico. Finalmente, en 1971, tres años después de la muerte del poeta, se dio a conocer la colección íntegra en el titulado *Libro de Loas*.

Por lo expuesto, claro es que no podemos precisar la fecha exacta de la composición de las loas que hacen referencia concreta a temas giennenses, aunque más que probablemente, le surgieran, si tenemos en cuenta lo dicho por Carmen Conde en el extenso párrafo transcrito de sus memorias,

quizá a la vez de conocer los lugares, aunque nada manifiesta en contra de que lo fueran después de la conclusión del conflicto bélico: «recibieron su poema todos los lugares visitados en guerra por él»; nada más. Sea el que fuere el momento de su redacción, es lo que menos importa cuando en las más de ellas centellea la finura y, en ocasiones, la sorpresa; así en la que sigue, donde, además, rebrinca el íntimo gracejo:

Caniles

*Caniles –¡sierras de Baeza!–
no es un pueblo granadino,
no es una villa, una plaza;
es un pan, es una hogaza,
sobre una mesa de pino.
Ganas me dan de besarlo,
de partirlo, de cortarlo,
de comerlo con tocino.
Y ante todo, de mirarlo
otra vez, junto al camino:*

Décima quizá excesiva; pero, a nuestro juicio, gráfica. El propio poeta puede dejar claro esta importante parcela del hacer:

«Aunque la loa surja de la evocación, no admite la melancolía, sino que, por el contrario, la disipa, la borra».

Son los imborrables recuerdos de lo que se hizo entrañable. Así, nueve estampas líricas jaeneras, compuestas en los más variados metros y con distintas cadencias, acunó Oliver en el citado *Libro de Loas*, constituyendo las mismas un interesante y completo corpus literario, puesto que abarcan a nuestra geografía –«Loa de los ríos», Segura, Guadalquivir y Guadalbullón; junto a «Loa de los montes», los cerros de Úbeda–, a nuestras villas y ciudades –«Loas de los pueblos»: Jabalquinto, Puente Génave, Iznatoraf y Cambil– y a nuestros hombres en el más jaenés de sus trabajos: «Loas de los oficios»: «El vareador». En suma, una serie de dibujos de instantes que, clavados en las retinas de lo cordial del poeta, serían reavivados con fijeza y emoción, lejanísimos de toda nostalgia y dando pie a la reflexión. Queden sin mayores comentarios; los que, en su caso, no serán más que los mínimos y necesarios.

El vareador

*Garrochista sin jaca,
varilarguero,
por la tierra de Andújar
de cara al cielo,
¡Qué toradas de olivos
llevan los cerros!*

*Abajo la aceituna
y arriba el ala,
el ala de los tordos,
flor libertada.*

*Abajo la oliva
y arriba la luz;
y en tu mano grande
el campo andaluz.*

*La oliva es Jaén;
Córdoba el limón;
y Granada el agua
por el atañor.*

*Al suelo la aceituna
y arriba el ala;
el ala de las aves,
flor liberada.*

*Garrochista sin jaca,
varilarguero,
que puyas al olivo
cuando es de peso:
¡Qué alamares de nubes
van por el viento!*

«Con las garrochas entre las manos», dirá en la ya transcrita «Victoria de la aceituna»; ahora la garrocha no tiene ese aire de fiereza, sino de estampa andaluza y torera. A significar que, por igual, el metro breve que resuena y el poema que se abre y cierra con aires de copla —ella siempre infaltable en los tajos aceituneros—, por seguidillas. Una vez y otra lo popular, como en las tres cuartetas siguientes, tan prietas de reflexión, donde glosa

uno de nuestros más conocidos y extendidos refranes, si bien lo recreará con unos más que sugerentes puntos suspensivos.

Jabalquinto

*Andar, andar...
y Jabalquinto a la par.
(Folklore andaluz)*

*Para todo ser pensante
guardo un problema sucinto:
¿Quién andaba, Jabalquinto
o el alma del caminante?*

*Esta pregunta cortante
encierra un gran laberinto.
El que llegue a su recinto
acabará delirante.*

*En verdad, lo interesante
era, en la tarde corinto,
la perspectiva gigante
del pueblo sobre su plinto*

También rebrincarán purísimos ecos machadianos en la siguiente décima, en la que narra su entrada en Andalucía desde Levante.

Puente Génave

*Tu mesón, tu mesonera.
La agreste, rústica voz
de un agua pura y ligera.
Tus niños; la carretera
que pasa rauda, veloz.
La llanura navajera
y fría, se queda atrás.
Atrás Alcaraz, Ferrera.
y tú te adentras, te vas
con la España cortijera.*

No vamos a perder el discurso con excesivas erudiciones; pero sí interesa remarcar la sensibilidad de Oliver, quien claramente percibe cómo se

adentra en una geografía bien distinta. No es Despeñaperros el único accidente que delimita (13) a Andalucía. Por cuanto concierne a lo meramente literario, veamos en el poema siguiente cómo su autor va recorriendo todos los tonos posibles de lo popular; ahora el romance de recia estirpe.

Iznatoraf

*¡Qué fortuna tener ojos
mientras se puede mirar!
Cuando mis ojos tenía
los puse en Iznatoraf,
y va su imagen conmigo,
aunque tan lejana está;
pues que la miro es que aún
tengo ojos de verdad.
Iznatoraf tan crecido,
tan esbelto como un lam,
que sobre un monte de España
más que afincarte, te vas;
Iznatoraf que vigila
tierras de aceite y de pan:
por ti se consigue el cielo
en plena vida carnal;*

(13) Resulta magnífica la coincidencia de Oliver con el geógrafo francés Jean Sermet, quien escribe en su *Andalucía como hecho regional*, pág. 109. Edit. Universidad de Granada; Granada, 1975:

«Hay una frontera invisible en Andalucía, que recuerda la del mundo mediterráneo perceptible en mil detalles del cielo, la luz, el habitat y los cultivos que aparecen al viajero que va de Toulouse a Narbona. Después de un año de ausencia, entrando en Andalucía desde La Mancha, por la carretera de Alcaraz a Úbeda, tuve de repente, poco después de haber pasado el límite provincial de Jaén, la brusca sensación física y como la revelación del mundo andaluz: La carretera daba más y más vueltas por la depresión triásica insertada entre las cadenas subbéticas y el primario de la meseta. Pequeños montículos de cuarcitas silíceas asomaban por debajo del rojo manto del triás. Uno de ellos, alto de unos diez metros de altura, estaba cortado epigenéticamente por un arroyo minúsculo, en una garganta en miniatura, en la que en toda Andalucía estaba representada. Las rocas grises que se alzaban, las charcas en los meandros del torrente, el perfume áspero del monte bajo de jaras y lentiscos, la visión próxima de los montes penibéticos enrojecidos y envueltos en las ordenadas hileras de olivares, que dominan el gran pueblo blanco de Génave, tan completamente andaluz; y más que nada la soledad total, coloreada y perfumada, en el rápido atardecer que nos podía hacer temer, como en los tiempos románticos, la llegada de los bandidos».

*que tú, a quien te lo pide
se lo entregas liberal.*

No se le pudo escapar a Oliver, en este su bien espigado muestreo jaenés, el alma que anida en uno de nuestro más hermosos pueblos, veámosla en su musical juego con versos de siete y once sílabas:

Cambil representado por sus humos

*No eran humos oscuros, industriales.
En tiempo y en espacio transparentes
levantaban sus dones cereales.
Formaban otro pueblo
encima de tejados y de calles.
Sus signos meridianos,
sus místicos caudales,
resumían las dichas de la vida,
los últimos hogares
eran serenos, limpios,
tiernos cual los corderos y las aves;
eran azules, cándidos,
sonrosados y suaves.
A veces se elevaban, pregonando
rectas eternidades;
y a veces se curvaban en volutas
blanquecinas, pascuales.
Expresaban el alma de los campos.
Eran aguas realzadas, ascendidas,
que habitan el aire.
¡Los humos de Cambil, frente a una tierra
majestuosa de paz y de olivares!*

Concluida la presencia giennense en «Loa de los pueblos», recogemos la estante en la de los ríos. Comencemos por el Segura, tan jaenés como silente, si bien los ojos y el pulso de Oliver lo hace, como es, abundoso y eminentemente murciano. También aquí se ignorará, una vez más, la cuna de su chiquita nacencia en Fuente Segura.

El Segura

*Río frutal,
Segura de abundancia:*

*si fuesen como tú los demás ríos
que navegan la patria;
si derramasen todos
la tierra madre que de ti resbala;
si las que tú has crecido orillas de verdor
otros alzarán,
entonces sí que esplendería la vida;
la vida, entonces, sí que sería clara.
Porque tú, río frutal,
honor del barro y de las aguas,
por un Mundo que llega a tu costado
en racimos de mundos te desangras.
Arquitecturas plenas
que en el aire resaltan.
Vegetales estrellas;
mundos de luz, de formas y de fragancias.
Edificios de hojas
que de la tierra al cielo se levantan;
melodías del tacto
al amoroso alcance de quien ama.
¡Carne de la membrilla,
ancha, prieta, lograda!
¡Numerosa y pequeña
carne de la granada!
¡Carne de la ciruela
tierna, rubia, melada,
que entre tus huertos cuidas
igual que a una muchacha!
¡Planetaria, riente
carne de la naranja!
¡Vivas carnes alegres
de la lima, su hermana;
de la pera y manzana;
de cerezas y guindas
que los labios engranan!
¡Carne azul de la luna
y las moras moradas!
Río fragante Segura,*

*cornucopia del agua,
 que en las abiertas vegas
 vas dejando tus cargas;
 en torno a ti toda la vida es pulpa,
 toda la vida es gracia.
 Por eso he de decir cantando dichas
 de levantino son, como tus auras:
 si las que tu has crecido orillas de verdor
 todos alzarán,
 ¡qué jardín sería el alba!*

Por igual, aunque el poeta canta su nacimiento jaenés, tendrá presencia el Guadalquivir, río esencialmente andaluz. Veámoslo:

El Guadalquivir

*Guadalquivir: eres un río sagrado.
 El río donde se baña el Toro.
 Donde la luz es transparente.
 En Quesada y en Cazorla te amamantas.
 Sus pechos te dan cumbres, te dan astros:
 Guadalquivir: eres un río sagrado.
 Genil y Guadalimar, entre muchos,
 hacen tu pulso lleno, fuerte, ancho.
 Finas, de viento, vuelan por tus márgenes
 las armoniosas yeguas marismeñas.
 Guadalquivir, eres un río sagrado.
 Sobre tu frente la vid deja sus pámpanos
 y las laderas te coronan de olivos.
 Nubes, ciudades, sierras y canciones,
 Guadalquivir, te besan tributarias.
 Sevilla y Córdoba se adornan en sus patios,
 sus flores, sus muchachas y sus torres,
 que en corro alegre cantan y te aclaman.
 Guadalquivir, Sanlúcar te recibe
 cuando llegas triunfal al Océano.
 ¡Río sagrado donde se baña el Toro!
 Danos amor en tus hombros terciarios.
 Danos la gloria de tus rodillas diluviales.*

*Río de aceite –¡oh río de gazpachos! (14)–,
divino río de aromas
donde la luz se transparenta.*

Y, junto al gran río, el más pequeño y cotidiano para quienes nacimos en la ciudad de Jaén, el Guadalbullón, en cuyos márgenes sitúa Antonio Oliver a las tres morillas del Cancionero de Palacio; lugar en el que, más que curiosamente, las ubicaría años después Blas de Otero (15), como las recordaríamos Herrera Petere (16):

El Guadalbullón

*Las albas caserías de su arcén
son palomas que no roba el halcón
para los ojos que contemplan bien.*

*No atraviesa Motril ni Lanjarón;
no lo llora el gigante Mulhacén;
por el tono, la lar, la pulsación*

*Guadalbullón es río de Jaén.
A esta ciudad le ofrece su canción,
que es la de Aixa, Fátima y Marién.*

Por último, la única presencia jaenera en las «Loas de los montes»; aunque estos, en honor a la verdad, sean más imaginarios que reales, si bien el dicho proverbial que los difunde ha alcanzado fama máxima. Con este soneto, Oliver vuelve su mirada a las fuentes de lo popular; al refranero.

(14) Sorprende esta nada jocosa imagen. No olvidemos dos datos: el gazpacho fue la comida campesina andaluza por excelencia; y que la guerra fue propiciatoria de hambrunas. Ya hemos dejado con anterioridad algún que otro entusiasmo gastronómico del poeta.

(15) Remitimos al lector interesado a nuestro artículo «Jaén ajazminada. Noticia poética de Blas de Otero», en *BIEG*, núm. 156, págs. 7 y sigs.; Jaén, julio-septiembre de 1996.

(16) En su magnífico, vasto y admirable poema, lleno de nostalgia, escrito desde el éxodo y el llanto, el que da nombre a todo un libro, *Hacia el Sur se fue el domingo*, 1956 –publicado por Seghers, en traducción de Claude Couffon–; todo un canto, celebrado por Alberti, adorable y alado en busca del sol consolador de Andalucía desde las nieves suizas:

*«Hacia el sur se fue el domingo,
hacia el Sur se fue dicién
Axa, Fátima y Marién».*

Cerros de Úbeda

*Cerros del desvarío, en donde todos
hemos puesto la planta sin pisaros:
quien de verdad conoce vuestros modos
termina, suspendido, por amaros.*

*Yo os contemplé desnudos, sin apodos,
y quisiera de nuevo contemplaros;
quizá hay alturas de mayores codos,
mas no tengo por ellas que cambiaros.*

*Ya estáis en mí serenos, atractivos,
con declivos, laderas, alzamientos,
que asaltan, valerosos, los olivos.*

*Ya vais entre guitarras, entre acentos
despertando en los pobos los altivos
amores de las hojas y los vientos.*

Queden aquí, sin más y con el solo deseo de despejar el viento que limpia la memoria, estas páginas de amor y urgencia, las que apenas sobrepasan la aportación de unas notas para la más reciente geografía literaria giennense.

